

# UNA CONTRADICTORIA FIGURA EN LA FILOSOFÍA HISPANOAMERICANA:

## JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO

(1885-1944)

Por Manuel MEJÍA VALERA

EN LAS ÚLTIMAS décadas del ochocientos, superados el eclecticismo de Cousin y otras tendencias de inspiración religiosa, el positivismo devuelve a la ciencia la primacía que durante la Ilustración tuvo en los ambientes académicos de Hispanoamérica. Ésta es la atmósfera intelectual que, prolongada hasta comienzos del presente siglo, respira José de la Riva Agüero.

En la conferencia sobre *El dualismo y el monismo*, dictada en 1903, dice que la biología lo mismo que la sociología, la fisiología y la química lo mismo que la psicología, forman el pedestal ya incommovible donde se alza el nuevo y grandioso concepto del mundo: el concepto de *la evolución*. El voluntarismo espiritualista que por entonces se propagaba en Europa y que había alcanzado su mayor arraigo en Francia con Renouvier, Revaision, Bergson y Boutroux, para Riva Agüero es un monismo trascendente y contingentista que se hermana con deplorables síntomas de debilidad en todas las esferas del pensamiento francés.

Hay un tema de la filosofía positiva en que Riva Agüero pone especial énfasis: el antiescolasticismo. "Existe una filosofía estrictamente católica —dice en otro pasaje de la citada conferencia— filosofía de seminario que no sin asombro vemos hoy adquiriendo cierto lustre; vivo trasunto y legítima heredera de la escolástica medieval; fantasma de un mundo muerto; escuela digna por su anacronismo de conservarse como objeto de museo." Es significativo que años después, ya devoto del "élan vital" que reconcilió a Bergson con algunas tendencias místicas, todavía considere a la escolástica "una filosofía senil de fanáticos y leguleyos".

Importa tener en cuenta que esta forma de apreciar la filosofía con un sentido polémico y dogmático, sin concesiones a una posición intermedia, inspira la obra de Riva Agüero en las etapas positivista y bergsoniana, y se acentúa y fortalece hasta llegar a límites sorprendentes, en su período neoescolástico.

### ETAPA DE TRANSICIÓN

Durante su vida universitaria, Riva Agüero, al par que ahondada en las fuentes de la historia peruana, y con acierto escribía sobre el carácter de la literatura independiente, profundizaba en las corrientes filosóficas divulgadas por Alejandro Deústua y Javier Prado;

este aprendizaje no era para él una ocupación lateral y subsidiaria, sino indispensable complemento de su cultura histórica. Vale recordar los reparos que en su libro representativo: *La historia en el Perú* (1910) hace a los historiadores peruanos, "falto de espíritu filosófico y sintético".

Su versación en filosofía del derecho se aprecia en la tesis *El concepto del derecho* (1912) en la que, buen empirista, sostiene que el apriorismo es una suposición indemostrable, gratuita e inecesaria tanto en filosofía jurídica como en filosofía general. A su juicio el apriorismo resucitaría exagerada y agravadísima la teoría escolástica de las potencias y demás entes de razón, que nunca han sido sino una magnífica excusa de la ignorancia, de los prejuicios y de la insuficiencia de análisis. Más tarde, manifestará su coincidencia con el sustancialismo de la ley natural de la doctrina católica, que había desdeñado en la tesis mencionada.

Debido a sus constantes lecturas, pasa de un ferviente positivismo a una crítica de este sistema; período de transición que podemos llamar segunda etapa de su cambio ideológico. Documento revelador de la ruptura con el positivismo es su comentario a la obra de Mariano H. Cornejo: *Sociología general* (1910), en el cual concede que el spencerismo es una admirable síntesis de los resultados científico; y hasta llega a compararlo con el aristotelismo; pero, continúa, por no haber suministrado la legítima satisfacción y el necesario alimento a las más altas y respetables facultades del entendimiento humano, su hegemonía puede considerarse efímera, aun cuando es probable que el ritmo de la especulación filosófica de la época vuelva a traer el auge de las corrientes positivistas. Esta opinión no fue confirmada, pues, frente a la interpretación naturalista de la vida y la sociedad, que fatigó al mundo con sus inflexibles certidumbres, apareció el bergsonismo como una tendencia de elevada inspiración espiritualista.

### EL BERGSONIANO

En un discurso de 1917, donde elogia la tesis del filósofo peruano Mariano Iberico sobre Henri Bergson, Riva Agüero hizo profesión de fe espiritualista. Advertimos en este escrito, al lado de un conocimiento amplio de historia de la filosofía, un estilo que, a pesar de su mo-

rosidad y tal vez excesivo uso de arcaísmos —"un arcaísmo es a menudo el mejor de los neologismos"— por momentos parece alcanzar la dignidad de la prosa bergsoniana. Para Riva Agüero el bergsonismo viene muy a su punto y a su hora, porque procura conciliar lo más agradable de la tradición filosófica con las aspiraciones espiritualistas y con los resultados de la ciencia.

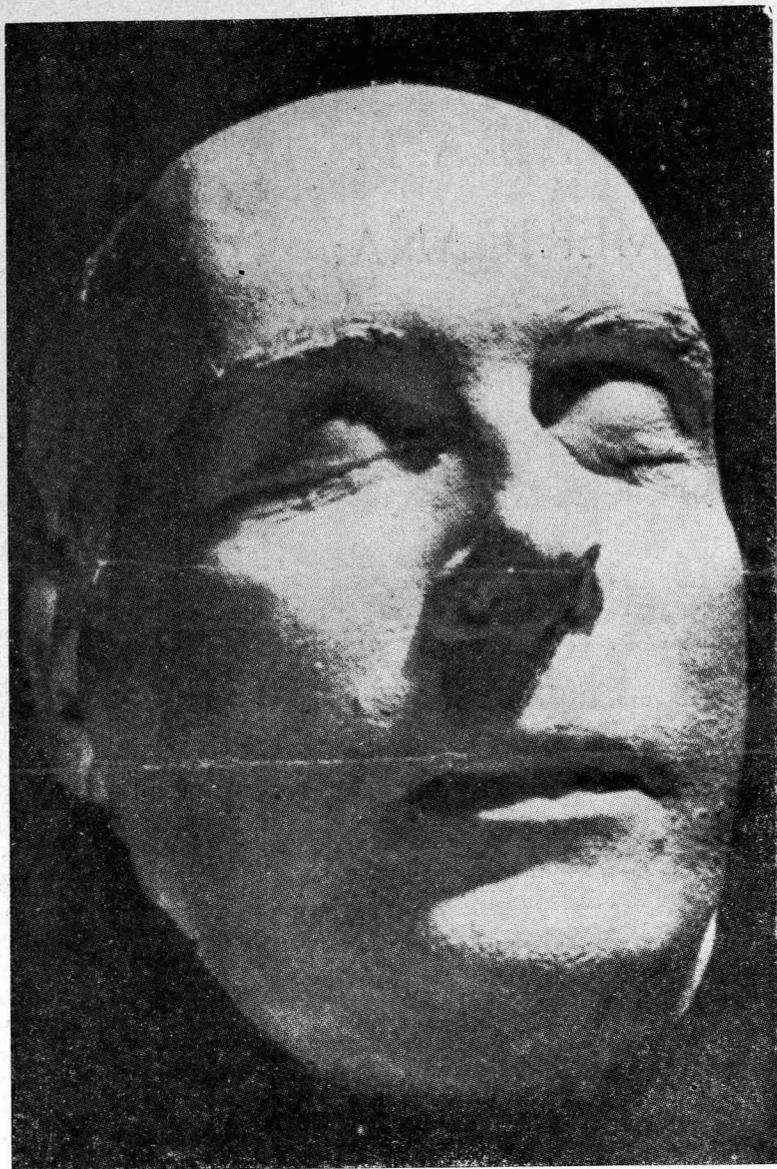
El positivismo está superado: "aquella trágica ansia de misterio que sus fundadores reconocieron y respetaron, en los sucesores mezquinos desapareció del todo para trocarse en la absoluta negación del espíritu, en una perpetua y superficialísima reducción de los más altos principios de la conciencia a los más rudimentarios y someros principios físicos".

Nos hallamos en el tercer período de su desarrollo espiritual, breve y fugaz, condenado al estancamiento y al desvío.

### EL NEOESCOLÁSTICO

Todo hacía pensar que su viaje por el extranjero, en 1919, al facilitarle el trato directo con las corrientes generales de la cultura europea, expandiría su bergsonismo en un peculiar sistema de ideas. Sin embargo, las noticias acerca de él no eran alentadoras. En un libro publicado en España: *El Perú histórico y artístico* (1921), haría la historia, densamente documentada como todas las suyas, de su ascendencia montañesa; luego usaría el título de Marqués de Aulestia. Su concepción filosófica expresó esta actitud brotada de aquello que el hombre tiene de más íntimo, de más hondo, y desde luego inescrutable para la osada indagación de los extraños. A partir de entonces, se empeña en demostrar el valor absoluto de los dogmas católicos y como un iluminado anuncia el renacimiento de la filosofía escolástica. Arrebatos de religiosidad más notables por su obsesiva insistencia que por su valor conceptual.

La Europa del siglo veinte —una paradoja— lo devolvió convertido en un señor de la Contrarreforma del siglo xvi. Ahora su preocupación es abolir hasta los vestigios de su pasado inmediato. Si antes con otro criterio llamó a Nietzsche "exagerado y loco sin duda alguna; pero cuyas exageraciones en esta época son casi benéficas y cuyas locuras son a menudo profundas", ahora le acusa de "demente que con sus malsanas obras y especialmente su *Genealogía de la moral*,



Mascarilla de José de la Riva Agüero

me contagió su virus anticristiano y anti-sciéntico". El apologista del positivismo califica la teoría de Spencer de "monótona superficialidad disciplinada", e insinúa que es preciso admitir la espiral de los *ricorsi* de Vico. En filosofía de la naturaleza, sostiene que el pluralismo de las formas; la novedad si no continua, frecuente; las normas que gobiernan la naturaleza contingente y la sujetan a diversos grados racionales, valen más que el devenir indefinido y unilateral. En cambio, si antes juzgó a la escolástica una filosofía caduca y desprestigiada, ahora afirma que la lógica aristotélica es "inmutable y eterna"; que su metafísica del ser y de las entelequias es una filosofía realista compaginable con el espíritu científico. Ha llegado a esta posición después de rechazar el panteísmo —no obstante los plácidos espejismos de esta escuela—, y el deísmo burgués y razonable a lo Voltaire y Rousseau, caren-

te, según sus palabras, de verdadera justificación y providencia.

No puede establecerse analogía entre esta postura ideológica y la de aquel otro representante de la fe, Jacques Maritain, aunque el filósofo francés también evolucionó del bergsonismo al catolicismo. Su teoría del *personalismo cristiano*, que pone el acento en el problema ontológico, remoja los dogmas católicos y relaciona el espíritu religioso con la problemática social de nuestros días.

Riva Agüero nos parece un erudito medieval, defensor obstinado de la autoridad, del orden, de la jerarquía —*Por la verdad, la tradición y la patria* será el título de sus más voluminosos libros—, que ante los novísimos sistemas se muestra huraño, intolerante, desafecto. Pero hemos de reconocerle el mérito de que sin desmayo defendiera estos principios. En una conferencia dijo: "Os ruego que

evitéis la tentación del *pseudocentrismo*, del catolicismo liberaloide, demagógico y socializante". El Riva Agüero liberal y futurista, en este período, acaso el más discutido de su proceso ideológico, aparece como un apologista del pasadismo, de la política autoritaria.

#### EL INDIVIDUO Y LA HISTORIA

Hay otro aspecto de su ideología en esta etapa: la lucha contra el marxismo. Riva Agüero recuerda con regocijo que en su juventud no acató el materialismo histórico, aun cuando esta tendencia ya comenzaba a difundirse en las universidades. Aquella doctrina, según su propia confesión, siempre le pareció la "degenerada versión barbarizante y como la menguada caricatura del gran sofista Hegel".

Riva Agüero proclama su independencia de la filosofía histórica que suprime o aminora la intervención de los hombres en los acontecimientos mayores. "No hay que desterrar de la historia la individualidad, la voluntad y la reflexión —dice—, porque es apagar toda luz y rendirse a la ignorancia y al acaso." Este juicio envuelve un rechazo del determinismo económico y de las tesis neopositivistas de Durkheim y Duguit.

Su apasionamiento antimarxista lo lleva a desconocer valores hispanoamericanos y a condenar a otros escritores contemporáneos de indiscutible renombre, porque son o le parecen simpatizantes del materialismo. Así, con injusto desdén, califica a José Carlos Mariátegui de sedicioso autor debatido, simple vulgarizador alharaquiento de Marx, periodista reporteril e indocumentado", e insinúa que André Gide es arrastrado por un supuesto inmoralismo a las doctrinas extremistas. De este modo, sacrificó a su religiosidad lo único que no es lícito abandonar nunca: la ecuanimidad y el sereno juicio en opiniones de crítica literaria.

Aquí ya no encontramos huellas de meritorios gestos juveniles suyos, como el de exaltar a González Prada, sin importarle los disentimientos ideológicos apuntados en su tesis sobre la literatura independiente, y en otros tempranos opúsculos. Se diría que asistimos a su decadencia, al oscuro y sombrío ocaso de su proceso intelectual.

#### LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN EL PERÚ

En lo que atañe a sus juicios sobre la historia del pensamiento filosófico peruano, distinguimos los emitidos antes de su viaje a Europa y los posteriores.

Riva Agüero explica que la religión incaica, sin abdicar de los dioses locales, tendía a la centralización y al monoteísmo. Tampoco escapó a su talento que el primer americano cultivador de una filosofía renacentista fue el Inca Garcilaso. Recuerda la traducción de los *Diálogos de amor* de León Hebreo, de filiación neoplatónica.

En su ya mencionado discurso de 1917, dice refiriéndose a la filosofía en el virreinato: "Hubo allá en los tiempos coloniales un escolasticismo estragadísimo y caduco, que murió en ingloriosa decrepitud a manos del sensualismo enciclopedista." De la filosofía en la repú-

blica, concede alguna atención a las tímidas veleidades escocesas que hacia 1840 acompañaron al eclecticismo de Cousin, invasoras de los estudios universitarios. Y por último se refiere a la propagación del positivismo, que erróneamente Riva Agüero atribuye a una época posterior a la guerra con Chile, pues tal doctrina se conoció desde 1853 (*Curso elemental de filosofía* por Sebastián Lorente).

En un artículo: "Los veinticinco años de nuestro Mercurio" (1943) afirma, contrariando sus anteriores juicios, que el apogeo de las letras y el pensamiento hispánicos, se halla en los siglos XVI y XVII, mientras que el XVIII, especialmente para el Perú, es una época de extranjerización y decadencia. Y añade: "el terreno que perdía la escolástica, lo ganaba, no siquiera el cartesianismo auténtico ni sus inmediatos derivados, sino el canaje sensualismo de Condillac y Tracy, genuinos abuelos del positivismo que entenebreció los estudios del 900". En otro ensayo dice que *El Contrato social*, *Las ruinas de Palmira* de Volney y los tratados de Condillac junto con los de Bentham, fueron los malos consejeros de la primera generación del siglo XIX peruano. Estas opiniones sobre el sensualismo deben aceptarse con reservas, pues al mismo tiempo que una crítica esco-

lástica a dicha escuela, traen consigo un intento de subestimar la obra educativa de Rodríguez de Mendoza.

Bartolomé Herrera —uno de sus antecesores en la dirección del conservatismo— es la figura republicana que Riva Agüero analiza con especial preferencia. Pone de relieve su ascenso de las ideas enciclopedistas a una filosofía conservadora del Estado, influida por Donoso Cortés, Guizot y Roger Collard. "Herrera —dice— parece que nació y evolucionó para probarnos que éramos incapaces de formalidad vigorosa, precisión y consecuencia". Y agrega: "Pontífice del benemérito moderatismo, trabajó en conciliar al francés Guizot con el español Balmes, sus dos predilectos inspiradores."

#### SOBRE LA FILOSOFÍA HISPANOAMERICANA

Riva Agüero acierta cuando habla de nuestro porvenir filosófico; asevera que es extravagante y absurdo pedir a un hispanoamericano originalidad total, y exigirle un sistema más o menos ingenioso que prescindiera de la mayor parte de las investigaciones anteriores. Así coincide con su contemporáneo Francisco García Calderón, quien —alentado por las sugerencias de Gabriel Tarde—, dice que después de una etapa de imitación y asimilación de la filosofía europea, llega-

remos a un período de auténtica actividad creadora.

#### BALANCE

No es fácil —por la naturaleza esencialmente polémica del personaje— hacer un balance imparcial del pensamiento filosófico de Riva Agüero, que señale la totalidad de sus aspectos y abarque todas sus perspectivas abiertas. Ha de haber múltiples interpretaciones. Unos, en los ensayos filosóficos de Riva Agüero no hallarán el sello de universalidad que configura toda novedosa dirección de pensamiento, y ante la inestabilidad ideológica del autor en la primera etapa, y la rotundidad de sus años finales, otros hallarán motivos para no rendirle acatamiento. Pero todos habrán de admirar el hecho de que en una época tan dada en el Perú a desdeñar las abstracciones, un historiador dedicara atención constante a la filosofía.

Por desgracia, no pocas veces en la juventud de Riva Agüero, y con más frecuencia después, la tarea intelectual cedió el sitio al combate tenaz contra la realidad tumultuosa. La muerte apagó este fuego que trágica o irónicamente, aunque siempre con un soplo de sinceridad, encendieron y alimentaron sus ideas políticas.

